

Ernesto Picco. Soñar con las islas. Una Crónica de Malvinas más allá de la guerra (2020). Prohistoria. 215 páginas.

Sebastián F. Paris*

Producido gracias a la beca Michael Jacobs de crónica viajera (2019), declarado de interés cultural en la Legislatura Provincial de Santiago del Estero y el Concejo Deliberante de la Ciudad de La Plata, el libro del periodista, docente e investigador Ernesto Picco constituye una pieza fundamental para entender la historia reciente del archipiélago. Su obra es la n.º 2 de la serie *Malvinas y Atlántico Sur* (MYAS) que dirige el historiador Darío Barrera de la Universidad Nacional de Rosario. Más allá de la nomenclatura en “clave de crónica”, el trabajo de Picco surge desde múltiples disciplinas. Se nutre de un trabajo de campo etnográfico con lxs isleñxs, de la sociología, la historia y la de su propia *metié*, el periodismo de investigación. Se trata de un libro de lectura placentera y de análisis profundo a la vez, que se pregunta por las islas y sus pobladorxs después de la guerra de 1982. En una entrevista de 1983, Borges se refirió a “la mente militar” (y agregaría, la del nacionalismo argentino) como organizada por abstracciones, territorios y no por seres humanos. Picco invierte esta premisa para saber qué ocurrió y que ocurre hoy con las personas de carne y hueso en el archipiélago. No las imagina, ni las prejuzga ni escribe sobre lo que cree que son: las estudia. En ese sentido, intenta despojarse de todo prejuicio y del relato estatal nacional que tiñe las ideas sobre Malvinas y sobre quienes viven allí. Para saber sobre Malvinas, entonces, Picco trianguló entre viajes a las islas, al continente y a Inglaterra.

Hasta 1982 los gobiernos argentinos promovían examinar Malvinas *in situ* y para ello financiaban las visitas de intelectuales con el interés de ganar en conocimiento sobre los archipiélagos; una cuestión que no es para nada autoevidente. Por ello, se pregunta “¿por qué estamos tan pendientes del lugar y no sabemos nada de las personas que están en él? [...]”

* Universidad Nacional de Buenos Aires/Universidad Nacional Arturo Jauretche. sparis3850@gmail.com

para comprender Malvinas cabalmente es necesario desligarse [...] de la vena patriótica, argentina o británica” (pp. 15-16). Así, el autor nos advierte acerca de los límites conceptuales que implicaría explicar la complejidad que reviste Malvinas, adoptando solo alguna de estas dos posiciones.

La guerra funcionó, para lxs isleñxs, como un parteaguas. Desde entonces alcanzaron una prosperidad económica sin precedentes: en 2017, por ejemplo, registraron el PBI per cápita más alto del planeta. De este modo, son hoy mucho más que autosuficientes, excluyendo el financiamiento de la base militar Mount Pleasant.

Antes de la guerra, la industria pesquera era casi inexistente y la explotaban sólo barcos de otros países. Después del conflicto creció exponencialmente, acrecentando los ingresos públicos en un 500% y hoy representan el 40% de los ingresos totales. El gobierno del archipiélago es quien otorga las licencias a empresas transnacionales. Los barcos pueden llegar a cargar hasta 500 toneladas de pescado, especialmente de calamar. El proceso de trabajo en los barcos no puede detenerse. Desde aquí se comprenden las denuncias de violaciones a los derechos humanos de los trabajadores a bordo que Picco reconstruye, que incluyen jornadas laborales de 12 horas y solo 3 de sueño.

Otra industria que creció, escribe Picco, es el turismo. Por un lado, hay cruceros que hacen el triángulo de Malvinas, Antártida y Punta Arenas. Por otro, el turismo de guerra, que recorre los restos de vehículos, pozos de zorro y campos minados en el campo de batalla de entonces, sigue siendo uno de los atractivos principales. “Un museo de guerra al aire libre” sorprende a extranjeros, ex combatientes y familias argentinas. Un sin número de *bed and breakfast* organizados por los isleñxs en sus propias casas, cada vez más profesionalzadx en el oficio del hospedaje, alojan a lxs turistas.

Entre las décadas de 1930 y 1960, varios cronistas argentinos que pisaron las islas hablaron de una escuálida guarnición militar británica en el archipiélago. Hoy, no obstante, nada más alejado de aquella situación. Después de la contienda, comenzó la construcción de la base militar más grande de Sudamérica en la Isla Soledad: Mount Pleasant oficia como centro de operaciones de la OTAN en el Atlántico Sur. De hecho, también funciona como aeropuerto civil. Menos de 100 días después de la guerra, en las islas ya había dos militares por cada civil.

Si parte del sentido común en Argentina sostiene que en las islas solo viven ingleses, Picco desarma esa imagen. El censo de 2016 arrojó que el 6% de la población isleña es chilena y conforma el 3° grupo de inmigrantes; el 2° lo componen lxs santahelenxs (territorio de ultramar británico) y el 1° lugar lxs británicos con el 27%. El 47% son lxs isleñxs nativos. Por lo tanto, con el despegue económico de la posguerra, viven hoy en día personas del más variado origen: chilenxs, sudafricanxs, peruanxs, argentinxs, australianxs, uruguayxs e inglesxs, entre otrxs.

Las marcas materiales de la guerra pregnaron la vida cotidiana y el territorio isleño. Su suelo quedó sembrado con alrededor de 30.000 minas personales y lleno de cráteres. A los británicos les llevó casi 20 años limpiar un tercio del total, hasta que decidieron contratar a expertos que las desactivaran por completo. Esta tarea terminó, a finales del 2021 cuando este libro ya había sido publicado.

Hasta el 2010, formar parte de la Asamblea Legislativa de las islas era un cargo honorífico y de medio tiempo. Para jerarquizar la política y animar la participación de lxs más jóvenes, en 2010, la nueva asamblea dispuso que sus miembros tendrían un trabajo de tiempo completo y muy bien remunerado. Lxs representantes se eligen cada 4 años y no existen partidos políticos. Sin embargo, otras situaciones parecen seguir siendo propiamente decimonónicas. Pues al gobernador o gobernadora (como lo es la designación actual), lxs sigue invistiendo la reina de Inglaterra. En su viaje a Londres, Picco observa que ni las Islas Malvinas ni las Falkland Islands están muy presentes en la memoria colectiva inglesa: no hay muchas marcas de ellas en los lugares públicos, ni tienen la atención de los medios de comunicación. Sin embargo, Malvinas es una memoria comfortable porque evoca una victoria limpia en una guerra convencional. En 1982, Inglaterra venía de su derrota en el Canal de Suez. Malvinas fue el último gran triunfo posterior a la Segunda Guerra Mundial y alimenta la nostalgia imperial inglesa.

En la última parte del libro, el autor se detiene en el suelo continental y su visita al Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur (MMIAS) y sintetiza ese capítulo así: “dos islas que no existen”. Se trata, argumenta Picco, de un museo de las islas sin isleñxs; los hombres y mujeres que habitan las Malvinas no aparecen en el relato argentino. Como si no hubieran vivido en ellas, en las Malvinas argentinas. “En las Malvinas Argentinas, en la idea que

hemos construido desde el continente, no viven ellos” (p. 198). Así, Picco se atreve a sugerir que las islas que lxs argentinxs han construido desde el continente no se corresponden con las que él observó. Lxs argentinxs sueñan con otras islas: imaginarias porque, de aquellas que alguna vez se supo conocer, sostiene el autor, hoy está claro que no las son. Fuera de lugares comunes y sacralizados, el libro de Picco invita a la reflexión crítica sobre Malvinas y se vuelve indispensable para entender la situación actual de “unas islas demasiado famosas”, como dijo Borges hace algunas décadas.